
La mujer rota
La edad de la discreción
Monólogo

Simone de Beauvoir



La mujer rota es la víctima estupefacta de la vida que ella misma eligió: una dependencia conyugal que la deja despojada de todo y de su ser mismo cuando el amor le es rehusado. Sería en vano buscar moralejas en estos relatos; proponer lecciones, no; mi intención ha sido totalmente diferente. No se vive más que una sola vida pero, por la simpatía, a veces es posible salirse de la propia piel. Me siento solidaria de las mujeres que han asumido su vida y que luchan por sus objetivos, pero eso no me impide, al contrario, interesarme por aquellas que, de un modo u otro, han fracasado y, en general, por esa parte de fracaso que hay en toda existencia.

Simone de Beauvoir.

La edad de la discreción

¿Mi reloj está detenido? No. Pero las agujas no dan la sensación de girar. No mirarlas. Pensar en otra cosa, en cualquier cosa: en este día detrás de mí, tranquilo y cotidiano, a pesar de la agitación de la espera.

Enternecimiento del despertar. André estaba encogido sobre la cama, los ojos cubiertos con una venda, la mano apoyada en la pared, con gesto infantil, como si en la confusión del sueño hubiera necesitado experimentar la solidez del mundo. Me senté en el borde de la cama, apoyé la mano sobre su hombro. Se arrancó la venda, una sonrisa se dibujó sobre su rostro desconcertado.

—Son las ocho.

Instalé en la biblioteca la bandeja del desayuno: tomé un libro recibido la víspera y ya a medias hojeado. ¡Qué fastidio todas esas cantinelas sobre la incomunicación! Si uno quiere comunicarse, mal que bien lo logra. No con todo el mundo, ciertamente, pero sí con dos o tres personas. A veces oculto a André caprichos, nostalgias, inquietudes menores; sin duda él también tiene sus pequeños secretos, pero a grandes rasgos no ignoramos nada el uno del otro. Serví en las tazas té de China muy caliente, muy oscuro. Lo bebimos revisando nuestro correo; el sol de julio entraba a raudales en la pieza. ¿Cuántas veces nos habíamos sentado frente a frente ante esta mesita, delante de las tazas de té muy oscuro, muy caliente? Y otra vez mañana, dentro de un año, dentro de diez años... Ese instante, tenía la dulzura de un recuerdo y la alegría de una promesa. ¿Teníamos treinta años, o sesenta? Los cabellos de André han encanecido

tempranamente: en otra época, esa nieve que realzaba la frescura mate cía su piel parecía una coquetería. Sigue siendo una coquetería. La piel se ha endurecido y agrietado, viejo cuero, pero la sonrisa de la boca y de los ojos ha conservado su luz. A pesar de los desmentidos del álbum de fotografías, su imagen juvenil concuerda con su rostro de hoy: mi mirada no le conoce edad. Una larga vida con risas, lágrimas, cóleras, abrazos, confesiones, silencios, impulsos, y a veces parece que el tiempo no hubiera pasado. El porvenir todavía se extiende hasta el infinito. Se levantó:

—Buena suerte con el trabajo —me dijo.

—Tú también: buen trabajo.

No contestó. En esa clase de búsqueda, forzosamente hay períodos en los cuales no se adelanta: se resigna a eso con menos facilidad que antes.

Abrí la ventana. París olía a asfalto y a tormenta, abrumado por el pesado calor del verano. Seguí a André con la mirada. Es quizá durante esos instantes, cuando lo miro alejarse, que para mí existe con la más trastornadora evidencia; la alta silueta se empequeñece, dibujando a cada paso el camino de su regreso: desaparece, la calle parece vacía pero en realidad se trata de un campo de fuerzas que lo conducirá otra vez hacia mí como a su sitio natural: esta certidumbre me conmueve todavía más que su presencia.

Seguí un largo momento en el balcón. Desde mi sexto piso descubro un gran pedazo de París, el vuelo de las palomas por encima de los techos de pizarra y esas falsas mactetas que son chimeneas. Rojas o amarillas, las grúas —cinco, nueve, diez, cuento diez— obstruyen el cielo con sus brazos de hierro; a la derecha, mi mirada tropieza con una alta muralla perforada por pequeños agujeros: un inmueble nuevo: descubro también torres prismáticas, rascacielos recientemente edificados. ¿Desde cuándo el terraplén del boulevard Edgar-Quinet se transformó en un parking? La juventud de ese paisaje me salta a la vista: y sin embargo, no me acuerdo de haberlo visto distinto. Me gustaría con-

templar uno al lado de otro los dos grabados: antes, después, y asombrarme de sus diferencias. Pero no. El mundo se crea bajo mis ojos en un eterno presente; me habitó tan rápido a sus rostros que no me parece que cambiara.

Sobre mi mesa, los ficheros, el papel blanco me invitaran a trabajar: pero las palabras que bailaban en mi cabeza me impedían concentrarme. «Philippe estará aquí esta noche.» Casi un mes de ausencia. Entré en su habitación donde todavía había libros, papeles, un viejo pulóver gris, un pijama violeta, este dormitorio que no me decido a transformar porque no tengo tiempo ni dinero, porque no quiero creer que Philippe haya dejado de pertenecerme. Volví a la biblioteca impregnada por un gran ramo de rosas frescas e inocentes como lechugas. Me sentía sorprendida de que este departamento jamás me haya parecido desierto. Nada faltaba. Mi mirada se deslizaba por los colores ácidos y tiernos de los almohadones diseminados sobre los divanes; las muñecas polacas, los bandoleros eslovacos, los gallos portugueses ocupaban modosamente sus sitios. «Philippe estará acá...» Quedé desamparada. La tristeza, uno puede lloverla. Pero la impaciencia de la alegría no es fácil de conjurar.

Decidí salir a respirar el olor del verano. Un negro grande, vestido con un impermeable azul eléctrico y cubierto con un fieltro gris, barría indolentemente la vereda: antes, era un argelino color gris oscuro. En el boulevard Edgar-Quinet me mezclé al bullicio de las mujeres. Como ya casi no salgo por la mañana, el mercado me parecía exótico (tantos mercados por la mañana, bajo tantos cielos). La viejita renqueaba de un puesto de carne a otro, con sus mechas tiradas hacia atrás, apretando la agarradera de su bolsa vacía. En otros tiempos no me inquietaba por los ancianos; los tomaba por muertos cuyas piernas aún caminan; ahora los veo: hombres, mujeres, apenas un poco más viejos que yo. A ésa ya la había notado el día en que había pedido sobras para sus gatos al carnicero. «¡Para sus ga-

tos!» —dijo cuando ella salió. «No tiene gato. ¡Va a cocinarse uno de esos guisotes!» Al carnicero le parecía divertido. Ahora recogería los desperdicios bajo los puestos de carne antes que el enorme negro hubiera barrido todo a la alcantarilla. Sobrevivir con ciento ochenta francos por mes: hay más de un millón en ese mismo caso: y otros tres millones apenas menos desheredados.

Compré frutas, flores, vagabundeeé. Jubilarse, suena un poco corno ser tirado al canasto, la palabra me helaba. La extensión de mis ocios me horrorizaba. Estaba equivocada. El tiempo me queda un poco ancho en los hombros, pero me arreglo. ¡Y qué placer vivir sin consigna, sin apremio! En ocasiones, a pesar de todo, el estupor me gana. Me acuerdo de mi primer puesto, mi primera clase, las hojas muertas que crujían bajo mis pies en el otoño provinciano. Entonces el día de la jubilación —que un lapso dos veces tan largo, o casi, como mi vida anterior separaba de mí— me parecía irreal como la muerte misma. Y he aquí que hace un año que ha llegado. Atravesé otras líneas, pero más imprecisas. Esta tiene la rigidez de una cortina de hierro.

Regresé, me senté a mi mesa: sin trabajo, hasta esta alegre mañana me hubiera parecido insulsa. Hacia la una hice un alto para tender la mesa en la cocina: totalmente igual a la cocina de la abuela, en Milly —quisiera volver a ver a Milly— con su mesa de granja, sus bancos, sus cobres, el techo con las vigas al descubierto; sólo que hay un horno de gas en lugar de una cocina de hierro fundido, y una frigidaire. (¿En qué año aparecieron en Francia las frigidaires? Compré la mía hace diez años; pero ya era un artículo corriente. ¿Desde cuándo? ¿Antes de la guerra? ¿Inmediatamente después? De nuevo una de esas cosas de las que ya no me acuerdo.)

André llegó tarde, me había avisado: al salir del laboratorio había tornado parte en una reunión sobre la fuerza disuasiva. Pregunté:

—¿Anduvo bien?

—Estuvimos redactando un nuevo manifiesto. Pero no me hago ilusiones. No tendrá más eco que los otros. A los franceses les importa un pito. De la fuerza disuasiva, de la bomba atómica, en general, de todo. A veces tengo ganas de salir volando a otra parte: a Cuba, a Mali. No, seriamente, sueño con ello. Allá uno quizá pueda ser útil.

—No podrías trabajar más.

—No sería una gran desgracia.

Dejé sobre la mesa la ensalada, el jamón, el queso, la fruta.

—¿Tan descorazonado estás? No es la primera vez que no dan en el clavo.

—No.

—...¿Entonces?

—No quieres comprender.

Me repite a menudo que ahora todas las ideas nuevas vienen de sus colaboradores, que está demasiado viejo para inventar: no lo creo.

—¡Ah! veo lo que piensas —dije—. No lo creo.

—Estás equivocada. Tuve mi última idea hace quince años.

Quince años. Ninguno de los períodos de depresión que atravesó ha durado tanto tiempo. Pero en el punto al que ha llegado, sin duda, tiene necesidad de esta pausa para reencontrar una inspiración nueva. Pienso en los versos de Valéry:

*Cada átomo de silencio
es la posibilidad de un fruto maduro.*

De esta lenta gestación van a nacer frutos inesperados. Esta aventura, de la cual he participado apasionadamente, no ha terminado: la duda, el fracaso, el tedio de los estancamientos, luego una luz entrevista, una esperanza, una hipótesis confirmada; después de semanas y meses de paciencia ansiosa, la embriaguez del éxito. No comprendía

gran cosa de los trabajos de André pero mi confianza testaruda fortificaba la suya. Permanece intacta. ¿Por qué ya no puedo comunicársela? Me niego a creer que nunca más verá brillar en sus ojos la alegría afiebrada del descubrimiento.

Dije:

—Nada prueba que no tendrás un segundo empuje.

—No. A mi edad uno tiene hábitos mentales que frenan la invención. Y de año en año me vuelvo más ignorante.

—Volveremos a hablar dentro de diez años. Harás tal vez tu más grande descubrimiento a los setenta años.

—Siempre tu optimismo: te garantizo que no.

—¡Siempre tu pesimismo!

Nos reíamos. Sin embargo, no hay de qué reír. El derrotismo de André es infundado, por una vez carece de rigor. Sí, Freud escribió en sus cartas que a una cierta edad no se inventa nada más y que es desolador. Pero él era entonces mucho más viejo que André. No impide: injustificada, esta morosidad no me entristece menos. Si André se abandona a ella quiere decir que de una manera general está en crisis. Me sorprende, pero el hecho es que no se resigna a haber sobrepasado los sesenta años. A mí, miles de cosas me divierten todavía: a él, no. Antiguamente se interesaba por todo; ahora es toda una historia arrastrarlo a ver un film, a una exposición, a casa de amigos.

—Qué lástima que ya no te guste pasearte —dije—. ¡Los días son tan hermosos! Hace un momento pensaba que me hubiera gustado volver a Milly y al bosque de Fontainebleau.

—Eres sorprendente —me dijo con una sonrisa—. ¡Conoces toda Europa y querrías volver a ver los alrededores de París!

—¿Por qué no?, la colegiala de Champeaux no es menos hermosa porque yo haya subido a la Acrópolis.

—Bueno, cuando el laboratorio cierre, dentro de cuatro o cinco días, te prometo un gran paseo en auto.

Tendríamos tiempo para hacer más de uno, puesto que nos quedamos en París hasta principios de agosto. ¿Pero tendrá ganas?

Pregunté:

—Mañana es domingo. ¿No estás libre?

—¡No, por desgracia! Ya sabes, por la noche hay esa conferencia de prensa sobre el apartheid. Me han traído una cantidad de documentos que todavía no he mirado.

Prisioneros políticos españoles, detenidos portugueses, iraníes perseguidos, rebeldes congoleños, cameruneses, guerrilleros venezolanos, peruanos, colombianos, siempre está dispuesto a ayudarlos en la medida de sus fuerzas. Reuniones, manifiestos, mítines, volantes, delegaciones, nada le es extraño.

—Haces demasiado.

—¿Por qué demasiado? ¿Qué otra cosa hacer? ¿Qué hacer cuando el mundo se ha descolorido? No queda más que matar el tiempo. Yo también atravesé un mal período, hace diez años. Estaba asqueada de mi cuerpo, Philippe se había vuelto un adulto, después del éxito de mi libro sobre Rousseau me sentía vacía. Envejecer me angustiaba. Y después emprendí un estudio sobre Montesquieu, logré que Philippe se diplomara, hacerle comenzar una tesis. Me confiaron cursos en la Sorbona que me interesaron aun más que el liceo. Me resigné a mi cuerpo. Me pareció resucitar. Y actualmente, si André no tuviera una conciencia tan aguda de su edad, olvidaría fácilmente la mía.

Volvió a salir y me quedé todavía un largo rato en el balcón. Miré dar vueltas sobre el fondo azul del cielo una grúa color minio. Seguí con la mirada a un insecto negro que trazaba en el azul un ancho surco espumoso y helado. La perpetua juventud del mundo me corta el aliento. Cosas que amaba han desaparecido. Muchas otras me han sido dadas. Ayer al anochecer, subía por el boulevard Raspail y el cielo era carmesí: me parecía caminar sobre un planeta extranjero donde la hierba hubiera sido violeta, la tierra azul: los ár-

boles escondían el parpadeo rojizo de un cartel de neón. Andersen se maravillaba, a los sesenta años, de atravesar Suecia en menos de veinticuatro horas mientras que en su juventud el viaje duraba una semana. He conocido semejantes deslumbramientos: ¡Moscú a tres horas y media de París!

Un taxi me condujo al parque Montsouris, adonde tenía cita con Martine. Al entrar en el jardín el olor de la hierba cortada me llegó al corazón: olor a los pastos de alta montaña por donde caminaba, mochila a la espalda, con André, tan conmovedor tratarse del olor de los prados de mi infancia. Reflejos, ecos, devolviéndose unos a otros hasta el infinito: he descubierto la dulzura de tener tras de mí un largo pasado. No tengo tiempo para narrármelo, pero a menudo lo percibo imprevistamente en transparencia en el fondo del momento presente; le da su calor, su luz como las rocas o las arenas se reflejan en el tornasol del mar. En otros tiempos me acunaba con proyectos, con promesas; ahora, la sombra de los días idos amortiguaba mis emociones, mis placeres.

—Buenos días.

En la terraza del café-restaurant, Martine bebía un limón exprimido. Gruesos cabellos negros, ojos azules, un vestido corto a rayas anaranjadas y amarillas, con un atisbo de violeta: una hermosa mujer joven. Cuarenta años. A los treinta años yo había sonreído, cuando el padre de André había tratado de «hermosa mujer joven» a una cuádragenaria; y las mismas palabras venían a mi boca a propósito de Martine. Actualmente, casi todo el mundo me parece joven. Me sonrió:

—¿Me trajo su libro?

—Desde luego.

Miró la dedicatoria:

—Gracias —me dijo con voz conmovida. Agregó:

—Tengo tanta impaciencia por leerlo. Pero este fin de año escolar es muy intenso. Tendré que esperar hasta el 14

de julio.

—Me gustaría conocer su opinión.

Tengo gran confianza en su juicio: es decir que casi siempre estamos de acuerdo. Me sentiría a un mismo nivel con ella si no conservara hacía mí, algo de la vieja deferencia de alumno a profesor, aunque ella sea también profesora, casada y madre de familia.

—Es difícil enseñar literatura hoy día. Sin sus libros, verdaderamente no sabría cómo arreglármelas.

Me preguntó tímidamente:

— ¿Está contenta con éste?

Le sonreí:

—Francamente, sí.

En sus ojos permanecía una pregunta sin que ella se atreviera a formularla. Tomé la delantera. Sus silencios me animan a hablar más que muchas preguntas atolondradas.

—Usted sabe lo que he querido hacer: a partir de una reflexión sobre las obras críticas aparecidas desde la guerra, proponer un método nuevo que permita penetrar en la obra de un autor más exactamente de lo que se ha hecho nunca. Espero haberlo logrado.

Era más que una esperanza: una convicción que me alegraba el corazón. Qué día hermoso. Me gustaban esos árboles, ese césped, esos senderos por donde tan a menudo me había paseado con compañeros, con amigos. Algunos están muertos, o nuestras vidas nos han alejado. Por suerte, al contrario de André que no ve ya a nadie, trabé amistad con alumnas y colegas jóvenes: las prefiero a las mujeres de mi edad. Su curiosidad vivifica la mía; ellas me arrastran a su porvenir, más allá de mi tumba.

Martine acarició el volumen con la palma de la mano.

—A pesar de todo voy a echarle un vistazo esta misma noche. ¿Alguien lo leyó?

—Sólo André. Pero la literatura no lo apasiona.

Ya nada lo apasiona. Y es tan derrotista conmigo como con él mismo. Sin decírmelo, en el fondo está convencido

de que todo cuanto yo haga en adelante, no agregaré nada a mi reputación. No me perturba porque sé que se equivoca. Acabo de escribir mi mejor libro y el segundo tomo irá todavía más lejos.

—¿Su hijo?

—Le envié un paquete de pruebas. Me hablará de ello: regresa esta noche.

Hablamos de Philippe, de su tesis, de literatura. Como yo, ella ama las palabras y a las personas que saben servirse de ellas. Lo que pasa es que se deja devorar por su profesión y su hogar. Me acompañó hasta mi casa en su pequeño Austin.

—¿Vuelve pronto a París?

—No creo. De Nancy iré directamente a descansar a Yonne.

—¿Trabjará algo durante las vacaciones?

—Me gustaría mucho. Pero siempre estoy corta de tiempo. No tengo su energía.

No es una cuestión de energía, me dije al dejarla: no podría vivir sin escribir. ¿Por qué? ¿Y por qué me he encarnizado en hacer de Philippe un intelectual, cuando André lo hubiera dejado lanzarse a otros caminos? Niña, adolescente, los libros me salvaron de la desesperación: eso me persuadió de que la cultura es el más alto de los valores, y no logro considerar esta convicción con mirada crítica.

En la cocina, Marie-Jeanne se atareaba en preparar la cena: en el menú, los platos preferidos de Philippe. Verifiqué que, todo iba bien, leí los diarios y resolví unas trabajosas palabras cruzadas que me retuvieron tres cuartos de hora; a veces me divierte quedarme largo rato inclinada sobre un casillero donde las palabras están virtualmente presentes, aunque invisibles. Para hacerlas aparecer, empleo mi cerebro como un revelador: me parece arrancarlas a la espesura del papel, donde se habrían escondido.

Ocupada la última casilla, elegí en mi guardarropa mi vestido más lindo, de seda gris y rosa. A los cincuenta años

mis vestidos me parecían siempre demasiado tristes o demasiado alegres; ahora sé lo que me está permitido o prohibido, me visto sin problemas. Sin placer también. Esa relación íntima, casi tierna, que antes tenía con mi ropa ha desaparecido. Sin embargo, consideré con satisfacción mi silueta. Fue Philippe quien un día me dijo: «Vaya, estás engordando.» (Casi no parece haber notado que recuperé la línea.) Me sometí a un régimen, compré una balanza. Antes no me imaginaba que me inquietaría alguna vez por mi peso. ¡Y aquí estoy! Menos me reconozco en mi cuerpo, más obligada me siento a ocuparme de él. Está a mi cargo y lo cuido con una dedicación aburrida, como a un viejo amigo poco favorecido, algo disminuído que tuviera necesidad de mí.

André trajo una botella de Mumm que puse a refrescar, charlamos un poco y llamó por teléfono a su madre. Lo hace a menudo. Ella tiene buenas piernas, buena vista; aún milita enérgicamente en las filas del PC: pero, con todo, tiene ochenta y cuatro años, vive sola en su casa de Ville-neuve—lès—Avignon: él se inquieta un poco por ella.

Reía en el teléfono, yo lo escuchaba lanzar exclamaciones, protestar, pero pronto se callaba: Manette es voluble cada vez que se le presenta la ocasión.

—¿Qué dijo?

—Está cada vez más convencida de que de un día para otro, cincuenta millones de chinos van a franquear la frontera rusa. O si no, arrojarán una bomba en cualquier parte por el placer de hacer estallar una guerra mundial. Me acusa de tomar partido por ellos: imposible convencerla de que no.

—¿Anda bien? ¿No se aburre?

—Estará encantada de vernos; en cuanto al aburrimiento, ignora lo que es.

Maestra, tres hijos, la jubilación ha sido una felicidad que todavía no agotó. Hablamos de ella y de los chinos, sobre quienes estamos tan mal informados como todo el

mundo. André abrió una revista. Y aquí estoy mirando mi reloj cuyas agujas no dan la sensación de girar.

De pronto apareció: cada vez me sorprende encontrar sobre su rostro, armoniosamente fundidos, los rasgos disímiles de mi madre y de André. Me abrazó muy fuertemente, diciendo palabras joviales y me abandoné a la ternura del saco de franela contra mi mejilla. Me separé de él para abrazar a Irène; me sonreía con una sonrisa tan helada que me sorprendió sentir bajo mis labios una mejilla dulce y cálida. Irène. La olvido siempre; está siempre allí. Rubia, ojos gris-azul, boca blanda, mentón agudo, y en su frente demasiado amplia, algo al mismo tiempo vago y obstinado. La borré rápidamente. Estaba sola con Philippe, como en el tiempo en que lo despertaba cada mañana con una caricia sobre la frente.

—¿Ni siquiera una gota de whisky? —preguntó André.

—Gracias. Tomaré un jugo de fruta.

¡Qué razonable es! Vestida, peinada con una razonable elegancia, el cabello liso, un mechón que oculta su gran frente, maquillaje ingenuo, trajecito austero. Me sucede a menudo, cuando hojeo una revista femenina, decirme: «¡Vaya! Es Irène.» Al verla también me ocurre reconocerla con dificultad. «Es linda», afirma André. Ciertos días estoy de acuerdo: delicadeza de las orejas y de las fosas nasales, la ternura nacarada de la piel que subraya el azul oscuro de las pestañas. Pero si mueve un poco la cabeza, el rostro huye, no se percibe más que esa boca, ese mentón. Irène. ¿Por qué? ¿Por qué Philippe siempre se relacionó con esa clase de mujeres, elegantes, distantes, snobs?

Sin duda para probarse a sí mismo que era capaz de seducirlas. No se ataba a ellas. Yo pensaba que si se ataba... Pensaba que no se ataría, y una noche me dijo: «Voy a anunciarte una gran noticia», con el aspecto algo sobreexcitado de un niño que en un día de fiesta ha jugado dema-

siado, reído demasiado, gritado demasiado. Hubo ese golpe de gong en mi pecho, sangre en mis mejillas, todas mis fuerzas tensas para reprimir el temblor de mis labios. Una noche de invierno, las cortinas corridas, la luz de las lámparas sobre el arco iris de los almohadones y ese abismo de ausencia repentinamente abierto. «Te gustará: es una mujer que trabaja.» Ella trabaja cada tanto como script-girl. Conozco a esas jóvenes «a la moda». Tienen una vaga profesión, pretenden cultivarse, hacer deportes, vestirse bien, mantener impecable su departamento, educar perfectamente a sus hijos, llevar una vida mundana, en una palabra: éxito en todos los planos. Y no tienen verdadero interés por nada. Me hielan la sangre.

Habían partido para Cerdeña el día en que la facultad cerraba sus puertas, a principios de junio. Mientras cenábamos alrededor de esta mesa donde tan a menudo he hecho comer a Philippe (vamos, termina esa sopa; toma otro poco de carne: traga algo antes de salir para tu curso), hemos hablado de su viaje, hermoso regalo de bodas ofrecido por los padres de Irène. Ellos tienen dinero. Ella se callaba mucho, como una mujer inteligente que sabe esperar el momento de ubicar una observación astuta, algo sorprendente: de vez en cuando soltaba una frasecita, sorprendente —en mi opinión, al menos— por su tontería o su banalidad.

Volvimos a la biblioteca. Philippe echó un vistazo sobre mi mesa.

—¿Trabajaste mucho?

—Va bien. ¿No tuviste tiempo de leer mis pruebas?

—No, figúrate. Lo siento muchísimo.

—Leerás el libro. Tengo un ejemplar para ti.

Su negligencia me entristeció un poco, pero no lo demostré. Dije:

—¿Y ahora, vas a volver seriamente a tu tesis?

No respondió. Cambió una rara mirada con Irène.

—¿Qué hay? ¿Vuelven a salir de viaje?